

el único medio de remediar el déficit general era trabajar y producir más. No se quiso aparentar desconocer los méritos de la clase obrera ni su derecho al mejoramiento de su existencia, y se le dió satisfacción. Los obreros, por otra parte, prometían trabajar tanto en ocho horas como antes en diez. En la realidad, la disminución de las horas de trabajo ha ido acompañada generalmente de una disminución equivalente en el ardor con que se trabaja.

Después vino a desarrollarse la superstición del Estado, la creencia en su poder absoluto, en su providencia inagotable; la costumbre de recurrir a él para resolver todos los problemas. El Estado durante la guerra había sido el dictador y el patrono único. Acudía a todo. Distribuía socorros; pagaba salarios elevados, su riqueza y su generosidad no tenían límites. Nadie tenía de qué quejarse. Nadie pensaba en resistirse a él. Parecía que no había más que continuar el sistema para resolver todas las dificultades y que llegasen los tiempos anunciados por Carlos Marx. De este modo, la socialización y la nacionalización alcanzaron la ca-